

Carlos Ros

PEDRO SEGURA Y SÁENZ
Semblanza de un Cardenal
selvático



LETRAS DE AUTOR

© Carlos Ros Carballar
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño de cubiertas: Georgia Delena

Primera edición: Marzo 2016

ISBN: 978-84-16538-99-7
Depósito Legal: M-7562-2016
P.V.P.: 22 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Aviso al lector

Este es un libro *incómodo* que pretende contar la verdad. Ha tratado de encontrar editor que lo cobijara en sus catálogos y no ha sido posible, ni en Editoriales religiosas ni laicas. Por ello el autor se ha visto obligado a publicarlo por su cuenta, en edición reducida en una Editorial de Autor, para no retener guardado el original en un cajón.

Las editoriales religiosas han dicho NO excusándose en la forma. Es un libro muy bien escrito, periodístico, pero no encaja en su línea editorial. En realidad, bajo esta excusa educada se esconde el repelús que les produce el fondo del libro, es decir, lo que en él se dice.

Las editoriales laicas a las que el autor se ha asomado han debido pensar, sin leer el texto, creo yo, que, más que una biografía, es una hagiografía de un cardenal en la pluma de un cura.

Prevenido el lector, suya es la responsabilidad de leer un libro que el autor piensa que es de lo mejor de su producción literaria, que ya abarca más de setenta publicaciones.

El autor.

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo, por Juan Eslava Galán | 9 |
| Prefacio. Los papeles del cardenal Segura | 11 |
| Capítulo 1. Comillas, un alumno perfecto | 21 |
| Capítulo 2. Joven obispo, el primero de Comillas | 31 |
| Capítulo 3. En Coria no cabe un obispo | 43 |
| Capítulo 4. Con obispos así arreglaba yo España | 55 |
| Capítulo 5. De Coria a Burgos..... | 67 |
| Capítulo 6. ¡El Espíritu Santo está con el Gobierno de España!.. | 79 |
| Capítulo 7. Burgos, leve estela de la nave..... | 89 |
| Capítulo 8. El Rasputín español | 101 |
| Capítulo 9. Atentado en la Casa de Campo | 113 |
| Capítulo 10. Proceso apostólico contra el cardenal Segura..... | 127 |
| Capítulo 11. La República y la Sabatina de Segura | 139 |
| Capítulo 12. Una pastoral que traerá cola | 153 |
| Capítulo 13. «Acabo de ser violentamente arrojado de España» | 165 |
| Capítulo 14. El nuncio descarga contra Segura | 179 |
| Capítulo 15. No despegué los labios... Y así salí de España..... | 193 |
| Capítulo 16. La cabeza de Segura en la bandeja del Gobierno ... | 207 |
| Capítulo 17. Ni Felipe II consiguió la remoción de un cardenal primado | 223 |
| Capítulo 18. Siete meses de éxodo de ciudad en ciudad..... | 241 |
| Capítulo 19. En Roma, cinco años de aparente oscuridad | 253 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo 20. ¡Pues buenos son los tiempos! | 271 |
| Capítulo 21. En suelo español después de seis años de exilio | 285 |
| Capítulo 22. Segura, con escolta de requetés..... | 299 |
| Capítulo 23. ... y Sevilla..... | 313 |
| Capítulo 24. Yo no voté a Pío XII, leyenda urbana..... | 327 |
| Capítulo 25. En Su Eminencia hemos encontrado a nuestro Padre | 341 |
| Capítulo 26. Caudillo, sinónimo de demonio | 355 |
| Capítulo 27. El cardenal es una isla, una excepción | 369 |
| Capítulo 28. Las profecías de la Madre Ráfols | 379 |
| Capítulo 29. Monumento de los Sagrados Corazones, la joya de su corona..... | 393 |
| Capítulo 30. Las manías de Segura. Una voz en el desierto..... | 405 |
| Capítulo 31. El deterioro de un enfermo de hígado..... | 419 |
| Capítulo 32. La España católica no se vende por unos dólares | 431 |
| Capítulo 33. Estoy solo, Franco me ha aislado | 447 |
| Capítulo 34. No tengo necesidad de descanso, ni lo deseo | 461 |
| Capítulo 35. ¡Vuestro Padre único... soy yo!..... | 475 |
| Capítulo 36. Plegó su frente sólo ante el Papa | 489 |
| | |
| Notas..... | 501 |
| Bibliografía | 525 |
| Árbol genealógico..... | 535 |
| Índice de nombres..... | 539 |

Prólogo

por Juan Eslava Galán, escritor

Escribir una biografía del cardenal Segura es una empresa llena de riesgos porque los posibles lectores creen conocerlo todo del personaje.

Es bien conocido que el cardenal Pedro Segura y Sáenz fue un clérigo integrista y trabucaire que ocupó sucesivamente los obispados de Coria, Burgos, Toledo y Sevilla en el segundo cuarto del siglo XX.

Todo el mundo cree conocer que este clérigo de cejas hirsutas e inteligencia despierta, un campesino castellano aupado a las máximas dignidades de la Iglesia que se abrió camino en la carrera eclesiástica a base de codos (por estudioso) y de codazos (por ambicioso) sin dejar de ser un hombre elemental e intransigente, al que según muchos de sus detractores le hubiera cuadrado más una cayada pastoril que el báculo episcopal. No obstante, siguen diciendo sus nada piadosos hagiógrafos, supo vestir su vanidad y su desmedida ambición bajo las apariencias de humildad y piedad, y le cayó en gracia al veleidoso Alfonso XIII, quien lo promocionó a la diócesis primada de Toledo, cabecera metropolitana de la Iglesia española, donde Segura ejerció un despotismo que se había acrecentado a medida que ascendía en estado.

El cardenal Segura se hizo famoso por sus sabatinas, un género híbrido entre la arenga militar y el mitin político, en las que fulminaba a la sociedad, a las personas, a las modas y a los Gobiernos. Es fama que Segura arremetía contra cualquier manifestación de modernidad: deportes, bailes, fiestas sociales, cine, modas, (prohibió las faldas por la rodilla incluso a niñas de siete años). Democracia y república eran, para él, inventos del Maligno para pervertir a la sociedad cristiana y acabar con la familia.

El tonante cardenal se enfrentó sucesivamente al nuncio Tedeschini, al gobierno de la República y a la dictadura que lo sucedió. Incluso se enfrentó al propio Franco al que hizo objeto de sonados desaires «Caudillo es sinónimo de demonio». Y finalmente se hizo sepultar, con mal disimulada soberbia,

en un faraónico mausoleo que se hizo construir en la cima del Aljarafe, dominando Sevilla y su campiña. El monumento perdura todavía, aunque algo ajado por falta de mantenimiento. Lo más destacado es un Sagrado Corazón de Jesús sobre enorme pedestal en cuya base se abre la capilla funeraria que acoge los restos mortales del cardenal y los de sus familiares, en especial los de su idolatrada hermana.

Eso es lo que todos sabemos del cardenal Segura. Esa imagen esquemática, como de cartón piedra se ha aceptado por el gran público y la historiografía tiende también a asumirla sin la debida comprobación. Por eso este libro de Carlos Ros reúne el doble mérito de navegar contra corriente sometiendo a revisión, con documentación inédita, cuanto sabemos o creemos saber de este clérigo que colmó toda una época de la Iglesia española.

Aparte del mérito de rescatar una figura histórica ahora libre de adherencias espurias que la publicidad de sus numerosos enemigos le adosaron, Carlos Ros ha escrito una biografía del personaje que necesariamente hemos de considerar definitiva puesto que ha indagado no solo en las fuentes conocidas sino en otras –familiares, y reservadas por el propio Vaticano– que hasta ahora habían permanecido cerradas a la investigación. Es dudoso que el futuro pueda desvelar nuevos documentos que puedan modificar las conclusiones de este estudio.

Con rigor y con el necesario distanciamiento, Carlos Ros nos instruye sobre la circunstancia del cardenal Segura pero también sobre los contextos políticos que le rodearon, más complejos de lo que habíamos considerado hasta ahora, y sobre la sociedad tan peculiar en la que desarrolló su ministerio pastoral, en el torbellino cambiante que resume, en pocos años, su paso por la monarquía, la República, la Guerra Civil y el nacionalcatolicismo de la primera etapa de la dictadura de Franco.

Con todos esos mimbres podría haber salido un libro denso y de compleja lectura. Nada más lejos de la realidad. Carlos Ros, veterano publicista, ha conseguido un ensayo que se lee con la agilidad de un reportaje periodístico, sin por ello renunciar a todo el aparato crítico que una investigación académica requiere.

Un libro extraordinario en el que, sin más, invitamos a entrar al lector en la seguridad que no lo decepcionará.

Prefacio

Los papeles del cardenal Segura

En septiembre de 1955 llegué por primera vez a la Universidad Pontificia de Comillas donde estudié cuatro cursos de Humanidades antes de pasar a Filosofía y Teología. El nuncio de entonces, Ildebrando Antoniutti, solía pasar las Semanas Santas en Comillas, presidiendo los Oficios Santos, con una liturgia muy cuidada y una Schola Cantorum que interpretaba los mejores motetes de Vitoria y otras músicas sacras.

En uno de los claustros del edificio noble de la Universidad se hallaban colgados los retratos de los obispos que habían pasado por las aulas de la Universidad de Comillas. El primero de todos, el cardenal Segura.

Pasó Antoniutti por el claustro y al observar el retrato de Segura, preguntó al rector:

—¿Qué hace ese retrato ahí?

Y el rector, sin más comentario, ordenó que se quitara.

Al parecer, molestaba al nuncio Antoniutti sentirse observado desde lo alto de la pared por el prelado hispalense que en su vejez se hallaba recluido en su palacio arzobispal, destituido de todo poder por la Santa Sede salvo del título de arzobispo de Sevilla, que conservará hasta su muerte. Un mero título ya sin jurisdicción alguna sobre una diócesis que había llevado con autoridad y a golpe de penas canónicas durante diecisiete años.

Pasado un tiempo, sin que el cuadro fuera repuesto, los seminaristas sevillanos —dos teólogos: José María Estudillo y Antonio Garnica; dos filósofos: Salvador Petit y José Naranjo; y dos seminaristas del Seminario Menor: José Miguel Romero de Solís y un servidor, Carlos Ros— acudimos al despacho del rector para mostrar nuestro desacuerdo por la desaparición del cuadro del arzobispo de Sevilla y primer obispo salido de la Universidad, consagrado en la misma Comillas el 13 de junio de 1916, fiesta de san Antonio, cuando solo tenía 35 años de edad.

El rector, algo nervioso, excusó la desaparición del cuadro insinuando que se estaba restaurando.

—¿Restaurando una foto? No es un cuadro al óleo, señor rector.

Y así, por arte de magia, el retrato del cardenal Segura apareció ya «restaurado» en su sitio un día del mes de mayo de 1956.

Conocí al cardenal Segura el 21 de noviembre de 1954 en la coronación canónica de la Virgen de la Amargura en la catedral de Sevilla. Asistí con mi padre a ese acto. Tenía yo trece años.

De la homilía recuerdo ese momento en el que el cardenal confiesa que es pobre, «que su pobreza no le permitía dar otra cosa más que una cruz pectoral de gratísimos recuerdos para él y de significación expresiva por el valor moral que representa, además de la riqueza material que encerraba por sus valiosas piedras preciosas, y él mismo la colocaría sobre el pecho de la Sagrada Imagen cuando llegase el momento de coronarla».

El pectoral que donó a la Virgen de la Amargura era regalo de la marquesa de Comillas al ser consagrado obispo en 1916.

—No obstante lo que hayáis oído —continuará Segura—, sigo siendo vuestro padre, vuestro padre único, el responsable ante Dios de todas vuestras necesidades, soy yo...

Y es que Segura, desde el 2 de noviembre, veinte días antes, había sido destituido de la jurisdicción de la diócesis de Sevilla y colocado un arzobispo coadjutor sede plena en la figura de José María Bueno Monreal, obispo de Vitoria.

Ocurría que las bulas de Roma aún no habían llegado y en ese interregno se parapetó en su palacio arzobispal y siguió gobernando la diócesis hasta la llegada de las bulas papales en una curiosa bicefalia de dos arzobispos en la disputa del trono.

—Sigo siendo vuestro padre, vuestro padre único, el responsable ante Dios de todas vuestras necesidades, soy yo... —clamaba en la catedral como un león herido.

El ambiente era electrizante y la emoción brillaba en el rostro de los fieles. Se veía que todos estaban con el cardenal caído. Y en el clero, división de opiniones.

Pero se tendrá que doblegar. Y pronto.

Segura, cardenal Segura, un cardenal anacrónico.

Contaba Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco, que el cardenal Segura nació tarde.

–Hubiera sido insigne de no haber sido anacrónico. Hubiera cubierto gran lugar en las Cruzadas, como Jiménez de Rada contra los almohades, o Gelmírez en su pelear sin descanso con doña Urraca o con los normandos y organizando nuestro poder naval en el océano.

Y es que para Serrano Suñer, Segura era «un hombre sin duda virtuoso, piadosísimo –organizador de misiones para los gañanes en los cortijos de Sevilla–, pero fanático, de cabeza dura, aunque también de una digna consecuencia, con sus prejuicios que ya habían causado quebraderos de cabeza a la República –y a Roma– y no tardaría mucho en creárselos también a Franco, mientras mantenía a su diócesis con la férrea intolerancia de un obispo medieval, proscribiendo regocijos, prohibiendo el culto en los pueblos donde se bailaba agarrado, imponiendo un ascetismo casi lúgubre. También se las tenía tiesas con el Poder constituido, pues su orgullo como príncipe de la Iglesia era, a pesar de su personal ascetismo, de una viveza casi inimaginable».¹

Franco dirá de Segura, ya caído en desgracia, que la altura le trastornó.

Ildebrando Antoniutti, que propiciará su caída en 1954, lo define en sus memorias como «un prelado de temperamento diamantino que no había comprendido el cambio de los tiempos... cuyas tendencias rigoristas iban siempre en aumento».²

Y Domenico Tardini, prosecretario de Estado con Pío XII, afirmó a José María Castiella, embajador ante la Santa Sede, que Segura era un «enfermo mental».

Comienzo así a escribir una semblanza sobre semejante personaje de la Iglesia de Sevilla y de la Iglesia de España, que para bien y para mal ha tenido una gran significación histórica. Un cardenal particularmente irreductible. Un cardenal poco cristiano, un cardenal selvático, como lo calificó Diego Martínez Barrio, político sevillano del tiempo de la República.³

Lo de selvático y montaraz, calificativos dedicados a Segura, debía de correr por los corrillos políticos de la República, porque no fue solo Martínez Barrio quien lo plasmó en sus *Memorias*, aparece también en el *ABC* madrileño incautado durante la guerra, cuando afirma el 15 de mayo de 1937, que el

nuncio Tedeschini «dio toda clase de facilidades para que don Miguel Maura, primer ministro de Gobernación de la República y católico practicante, pudiera hacer salir de España al selvático y montaraz cardenal Segura».

Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública en la República, será más radical al enjuiciar al primado de Toledo como una «inteligencia roma, corazón resentido, alma de guerrillero fanático, espíritu más dispuesto para acaudillar una partida en las guerras carlistas del siglo XIX que para orientar una gran comunidad en la paz que prometía esta transformación política del siglo XX».

Pero quizás, quien empleó calificativos más gruesos, por venir del interior de la Iglesia, fue el propio nuncio Tedeschini, quien en diversos despachos enviados a la Secretaría de Estado de la Santa Sede, que ostentaba entonces el cardenal Pacelli, decía de Segura cosas tales como: «el prurito de este señor de ser el Papa de España», «nefasto cardenal», «se pavonea, sin derecho a ello, de Primado de jurisdicción, que quiere hacer de Pontífice de España», «jefe de los integristas», «el así llamado *Santo* cardenal Segura», «el público no es del todo ciego: el público se da cuenta de sus vanaglorias, de sus contradicciones y de sus hipocresías»... Y así otras ocurrencias.

El cardenal Segura no se queda atrás. También suelta sus latigazos contra el nuncio, aunque sus palabras no están recogidas en documentos oficiales como los que Tedeschini envía, especialmente en el año 1931, a la Secretaría de Estado. Pero deja un recado en unos papeles secretos de Isidro Gomá, incautados durante la guerra, del archivo personal de Gomá en el arzobispado de Toledo y aparecidos en París en 1938. Un documento que recoge la conversación sostenida entre Gomá y Segura en Anglet (Francia) el 23 de julio de 1934 y que Gomá guardaba entre sus papeles reservados. En ese documento, Segura afirmaba que Tedeschini «es un felón capaz de vender a todos».⁴

El cardenal Segura y el nuncio Tedeschini, como se ve, se llevaban como los perros y los gatos. Entre un Segura, con su aspecto de cura rural, «como un labriego de Burgos», en expresión de El Caballero Audaz⁵, y un Tedeschini, que en los salones mundanos de la Corte de Alfonso XIII se había ganado fama de aventurero galante, fino italiano, buen porte, alto, estallará la guerra ya antes de la llegada de la República. Una guerra feroz entre el primado de Toledo y un Tedeschini, que había elevado a Segura

–no Alfonso XIII, como se ha dicho– al arzobispado de Burgos y a la primacía de Toledo con los informes más laudatorios a Roma.

Segura denunció a Tedeschini a la Santa Sede por el suceso de la Casa de Campo de Madrid, lugar donde el nuncio sufrió un atentado frustrado, que la prensa extranjera achacó a un marido airado, y Tedeschini responderá contra Segura por cierta conducta personal –«causa que conozco yo, que conoce Vuestra Eminencia, conoce el Santo Padre: causa nefanda, causa inaudita, causa irremediablemente infamante»–, abriéndole la instrucción de un proceso apostólico en la Nunciatura, ya que «el cardenal Segura tiene el diente más que nunca envenenado contra el nuncio, reo de haberle descubierto y comprobado todas las bribonerías hechas en tantos y tantos años, conocidas por otros en gran parte *lippis et tonsoribus* [miopes y barberos], por lo menos en Valladolid».⁶

Es un tema este que no vamos a esquivar y dilucidaremos en la medida de lo posible, ya que el cardenal Pacelli, llegado un momento, ordenará al nuncio Tedeschini enviar a Roma todo «el original del proceso Segura» (las copias, todas las notas, apuntes, fotografías, que estén en la Nunciatura o fuera, especialmente en Valladolid) y todo ello «*sub gravi et sub secreto pontificio*».⁷

Llegará un momento en el que Tedeschini se desahogue con el secretario de Estado cardenal Pacelli y le escriba:

–Perdóneme V. Eminencia si me desahogo, pero no puedo más... el problema del cardenal Segura. Que... me perdone el vacío de esta línea, que he dejado así porque ahí cabe cualquier epíteto.⁸

En la vida del cardenal Segura hay tres fechas especialmente significativas. Año 1931, en que, siendo primado arzobispo de Toledo, es expulsado de España por la República y, después de no pocas peripecias, acogido en la curia romana. Él dirá que quienes lo echaron fueron Tedeschini y Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*.

Segunda fecha: Año 1940, cuando, como arzobispo de la diócesis de Sevilla, tiene un rifirrafe con Franco y la Falange sevillana y a punto estuvo de ser expulsado de España por el nuevo Régimen.

Y tercera fecha: Año 1954, cuando finalmente, Pío XII, que tanta paciencia ha tenido con él durante años, como secretario de Estado y como Papa, lo destituye y le pone un sustituto al frente de la diócesis hispalense.

Quien movió todos los trámites para su destitución fue otro nuncio, Hildebrando Antonutti, que dirá de Segura, que fue una «figura compleja y bastante discutida en la historia de la Iglesia de España..., un prelado de dureza diamantina, que no había comprendido el cambio de los tiempos». Cuenta Antoniutti en sus *Memorias* cómo el clero sevillano «se vio finalmente liberado de la pesadilla de un prelado que concebía el ministerio pastoral con métodos del todo superados, por no decir otra cosa».⁹

En Sevilla, ya en su vejez, Segura solía salir todas las tardes a las cuatro y media del palacio arzobispal en su coche Mercedes, conducido por su fiel chófer Augusto Carazo y acompañado de su más fiel aún secretario particular, Santiago Guinea, a dar una vuelta fuera de Sevilla por indicación médica. La guasa sevillana apodó al coche del cardenal «la aceituna», porque «el hueso» iba dentro.¹⁰

El nuncio Tedeschini gozará de más suerte que el cardenal Segura. La República, que expulsó a Segura de España, concedió en 1935 a Tedeschini el collar de la Orden de Isabel la Católica al tiempo que la Santa Sede le nombraba cardenal. El presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, le impuso el capelo en solemne ceremonia que tuvo lugar en el Palacio Nacional de Madrid, en presencia del cuerpo diplomático y de los ministros republicanos. Y Franco, que en 1940 estuvo a punto de expulsar también a Segura, ya arzobispo de Sevilla, concedió a Tedeschini en 1954 –año de la caída de Segura por Pío XII–, el título de marqués de Santa María de la Almudena en favor de su sobrino Juan Bautista Tedeschini Danieli.

Cara y cruz de la moneda de la vida.



Igual que en mi libro sobre el sucesor de Segura, titulado *José María Bueno Monreal, semblanza de un cardenal bueno*, también trato aquí de ofrecer una semblanza del personaje más que una biografía al uso que me llevaría a una investigación costosa de su vida, cosa por otro lado que ya han realizado otros. Y una semblanza del personaje centrada fundamentalmente en esos años álgidos de su vida: 1931, 1940 y 1954.

Del año 1931 tengo la suerte de disponer de los documentos que se hallan en los Archivos Secretos Vaticanos, tras la apertura documental del período de Pío XI (1922-1939), venidos a la luz los apuntes del secretario de Estado, cardenal Pacelli, en un tomo titulado *I «Fogli di udienza»*, y con la ímproba y meritoria labor sobre esos mismos documentos por el historiador Vicente Cárcel Ortí en su obra, que ya va por cuatro tomos publicados: *La II República y la Guerra civil en el Archivo Secreto Vaticano*. Gracias a ellos, se clarifica de manera luminosa la figura de Segura, sus rivalidades con el nuncio Tedeschini, e incluso cierto asunto de tipo moral que, aun sabiéndolo yo desde hace años, no disponía de documentación en qué apoyarlo.

Hay cuatro obras que han historiado la figura del cardenal Segura desde distintos ámbitos. Surgió primero la obra de Jesús Requejo San Román, con el título *El Cardenal Segura*, aparecido en 1932 con prólogo de Ramiro de Maeztu. Segura reside en esos momentos en Roma después de su expulsión de España por la República.¹¹ Requejo, abogado y registrador de la propiedad, ha redactado lo que se llama una hagiografía, candorosamente escrita por un incondicional del primado de Toledo. Vaya aquí un recuerdo para este autor que fue asesinado junto a su hijo en el pueblo toledano de Madridejos el 16 de agosto de 1936. Declarado mártir por la Iglesia, actualmente se encuentra en proceso de beatificación.

Ramón Garriga, historiador y periodista barcelonés, publicó en 1977 *El Cardenal Segura y el Nacional-Catolicismo*. Interesante, sobre todo, porque contactó con el abogado Santiago Segura, «sobrino» del cardenal, quien puso a su disposición la documentación que conservaba de su «tío», es decir, lo que se ha venido en llamar «los papeles perdidos del cardenal Segura».

Puntualiza Garriga:

–Su utilización me ha sido esencial para resolver varios puntos oscuros de las relaciones entre el biografiado, el franquismo y el Vaticano. Debo añadir que he hecho uso de esta documentación con toda libertad, pues el deseo de Santiago Segura no es sino que se diga toda la verdad sobre el famoso cardenal.¹²

Resultó que, publicado el libro, a Santiago Segura no gustaron las cosas que Ramón Garriga decía del cardenal.

Se publicó después la biografía de Francisco Gil Delgado, canónigo sevillano, con el título: *Pedro Segura. Un cardenal de fronteras*. Un

voluminoso libro, que bien podía haber reducido sus páginas, con datos apreciables y errores y banalidades también ostensibles.¹³

Y finalmente, *Los papeles perdidos del cardenal Segura, 1880-1957*, de Santiago Martínez Sánchez, libro serio, propiamente su tesis doctoral. Papeles perdidos, que Santiago Martínez no tuvo ocasión de estudiar, como ocurriera con Ramón Garriga.¹⁴

El cardenal Segura era un tipo muy ordenado y tenía un archivo enorme de cartas y papeles conservados en carpetas y en sobres. Cuando llegó su caída, en noviembre de 1954, sus sobrinos se encargaron de espulgar una serie de informes y cartas con el fin de, llegado su momento, lanzar una publicación en defensa del tío cardenal. Carpetas tituladas: Santo Padre, Secretaría de Estado, Sagradas Congregaciones, Nunciatura Apostólica, Jefatura de Estado, Gobierno Nacional, Asuntos de conciencia... y otros.

Esos papeles quedaron en posesión del «sobrino» Santiago Segura, que vivía en Madrid. Lo restante del archivo, junto con su biblioteca, fue donado por el cardenal a la Cartuja de Santa María de la Defensión de Jerez de la Frontera, cuyo receptor fue el abad Luis María Arteche. El abad cartujo vio que esos documentos que recibía –47 volúmenes– eran de gran importancia y como notase que algunos de ellos se hallaban vacíos –los papeles sustraídos– hizo levantar acta notarial de las carpetas que llegaron a la Cartuja llenas y vacías, para que nadie pudiese decir en el futuro que los papeles de las carpetas vacías habían sido sustraídos por los cartujos.

Cuando los cartujos marcharon de Jerez, todo el legado del cardenal Segura fue entregado al Obispado de Jerez, donde puede ser consultado, tras un laborioso trabajo de ordenación y conservación del archivero Domingo Gil Baro, mi buen amigo.

Estos documentos fueron investigados por Francisco Gil Delgado y por Santiago Martínez Sánchez, cuando se hallaban en la Cartuja, pero no observaron otros muchos sobres con papeles que el archivero Gil Baro ha catalogado pacientemente y tienen tanta importancia como los encerrados en las carpetas.

Aunque no es mi intención encerrarme días y días en el Obispado de Jerez para valorar todo lo que en él se encuentra del legado del cardenal Segura –porque me falta salud y tiempo–, sí saldrá a lo largo de este escrito alguna que otra perla inédita sobre la figura novelesca del cardenal Segura.

Y los papeles perdidos, ¿dónde están?

Santiago Martínez trató de encontrarlos y no lo logró. Cuenta:

–Custodiados por Santiago Segura, el sobrino mayor, esos papeles salieron de Sevilla camino del extranjero y pararon en Madrid. Pero el cardenal recapacitó: para qué escandalizar a los fieles y arriesgarse a perder el título de arzobispo de Sevilla, advertencia de la Santa Sede si interfería la labor de Bueno Monreal. Por causas que conjeturo pero ignoro en último extremo, esos papeles no se reintegraron a su archivo. Siguieron en Madrid guardados por Santiago, quien veinte años después aún los conservaba: prestó una pequeña parte para la biografía sobre su tío que Ramón Garriga publicó en 1977, como este informa en el Prólogo de su libro. He dedicado mucho tiempo a indagar su paradero, pero el resultado ha sido infructuoso. Al parecer, esa documentación –que no quedó en el Palacio arzobispal de Sevilla– no la tienen sus sobrinos, ni llegó a la nunciatura, ni cayó en manos de amigos de la familia como el cardenal de Toledo, monseñor Marcelo González, o la abadesa del convento de Santa Paula de Sevilla, sor Cristina de la Cruz Arteaga.¹⁵

Yo también he indagado, infructuosamente. En la creencia de que la viuda de Santiago Segura hubiera entregado los papeles al arzobispo de Toledo, cardenal Marcelo, me puse en contacto con su secretario particular, Santiago Calvo, a quien conocí y trabé amistad en los tiempos de Comillas, y me negó que esos papeles hubieran llegado a manos del cardenal de Toledo. Tampoco se hallan en el monasterio de Santa Paula, lo he podido comprobar.

Tal vez hayan sido destruidos... o aparezcan, quién sabe, algún día.

Porque sin duda, esos «Papeles perdidos» son los más sabrosos y darían mucha claridad a la ajetreada vida del cardenal Segura.

Recuerdo que, allá por el año 1953, oí de mi padre un comentario de sacristía que luego, ya de sacerdote, me lo certificó quien fuera el secretario particular del cardenal Segura, don Santiago Guinea.

Vino a Sevilla Franco y Segura no lo recibió porque se había retirado al Cerro de los Sagrados Corazones a dar ejercicios espirituales. Franco fue recibido en la catedral bajo palio por el vicario general, Tomás Castrillo Aguado. Días después, este vicario será destituido de su cargo.

La ausencia de Sevilla del cardenal lo tomó Franco como un desaire. Y ya en Madrid, remitió una carta al cardenal Segura, que hizo decir a este ante sus íntimos:

–Esta carta pasará a la historia.

Días después, un Franco más reflexivo trató de recuperar esa carta. Y envió a su ministro de Agricultura a Sevilla, que se hospedó en el Hotel Alfonso XIII. Desde allí llamó por teléfono al arzobispado para concertar una entrevista con el cardenal. Y será su secretario, Santiago Guinea, quien le responda al teléfono:

–Si usted viene por la carta, me ha dicho Su Eminencia que puede volver a Madrid.

Y el ministro, con el rabo entre las piernas y sin la carta, tomó el vuelo de vuelta.

Un cardenal particularmente irreductible. También agreste, silvestre, montaraz... Lo he titulado como un «cardenal selvático», que así le llamara el político sevillano Martínez Barrios. Un Segura al que otro cardenal, el de Tarragona, Vidal y Barraquer, dirá de él en cierta ocasión que «le falta el bálsamo de la suavidad y de la mansedumbre».

Para Benjamín Jarnés, la novela es el arte de crear un hombre y la biografía el arte de resucitarlo. Trataré, pues, de resucitar a este personaje singular, que ya ha transcurrido suficiente tiempo desde su muerte para que las voces del pueblo, nutridas de hablillas y rumores, unas a favor y otras en contra, den paso al perfil de una silueta alejada de los vapores de la leyenda popular que aún circula por Sevilla y transmitir la vibración de la compleja personalidad del cardenal don Pedro Segura y Sáenz a través de documentos, ya históricos en el tiempo.

Capítulo 1

Comillas, un alumno perfecto

Nació el cardenal Segura en el municipio de Carazo, pueblecito de Burgos, comarca de La Demanda, partido judicial de Salas de los Infantes, el 4 de diciembre de 1880. No tendría entonces el pueblo más de cuatrocientos habitantes y hoy, con la despoblación, ha quedado reducido a unos cuarenta. Nace en él el río Mataviejas, que cruza todo el pueblo y camino de Silos abre un desfiladero, estrecho y sinuoso. Un pueblo que vivía y vive de la agricultura y de la ganadería.

Una de las primeras referencias históricas de Carazo aparece en el Poema de Fernán González, anónimo del siglo XIII, cantar de gesta que habla de la fortaleza y de la batalla de Carazo.

Hoy aparece historiado este pequeño terruño porque en él nació el cardenal don Pedro Segura y Sáenz. Pedro, por el santo del día de su nacimiento, san Pedro Crisólogo; Segura, por su padre, Santiago Segura Arroyo, natural de San Adrián de Juarros (Burgos); y Sáenz, por su madre, Juliana Sáenz Camarero, natural de Pineda de la Sierra (Burgos), los dos sencillos maestros de escuela rurales.

Es historiado también el pueblo –si vale la frivolidad– porque en él fue rodada en el verano de 1966 la película *El bueno, el feo y el malo* del director italiano Sergio Leone, con Clint Eastwood, Eli Wallach y Lee Van Cleef.

No sé qué papel podría corresponder a este atípico cardenal Segura, si se pudieran trasmutar los tiempos. Tal vez en la historia que ahora inicio se dé que unas veces aparezca como bueno, otras como feo, y también como malo.

El tiempo lo dirá.

Fue bautizado al día siguiente, 5 de diciembre, en la iglesia del pueblo, del siglo XVI, en la que destaca su retablo de madera policromada con la imagen de Santa Eugenia Mártir, titular de la parroquia, y su pila bautismal, de arte románico.

Refiere su partida de bautismo:

–En el día cinco del mes de diciembre del año mil ochocientos ochenta, yo el infrascrito Cura Párroco de Santa Eugenia Mártir del pueblo de Carazo, Obispado de Burgo de Osma, bauticé solemnemente en ella a un niño que había nacido a las cuatro de la mañana del día cuatro del expresado mes y año, y al cual se le puso el nombre de Pedro. Es hijo legítimo de don Santiago Segura y de doña Juliana Sáenz, residentes en este pueblo de Carazo, casados *in facie Ecclesiae*, naturales, don Santiago, de San Adrián de Juarros, arzobispado de Burgos, y doña Juliana, de Pineda de la Sierra, del mismo arzobispado de Burgos. Es nieto por línea paterna de Bernardino Segura, ya difunto, y de Sebastiana Arroyo, ambos naturales y esta vecina del referido San Adrián; y por línea materna, de don Juan Sáenz, ya difunto, natural del expresado Pineda y de doña Tomasa Camarero, naturales de Salas de los Infantes y residentes en el mencionado pueblo de Pineda, ambos del arzobispado de Burgos. Fue su padrino, a quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas, don Desiderio de Juan, natural, casado y residente en este pueblo de Carazo.¹

Fueron seis hermanos. Quintín, el primogénito, será sacerdote y director en Burgos del Colegio de Vocaciones Eclesiásticas de Ultramar y Propaganda Fide. Vidal fue el único hermano que contrajo matrimonio, del que saldrán los sobrinos de Segura, siete, como los días de la semana, como los siete Niños de Écija. Aunque aquí habrá que hace alguna aclaración, llegado su momento. Pedro, el tercero, es nuestro biografiado. Le sigue Emiliano, que estudiará también en Comillas y, siguiendo la sombra de su hermano Pedro, acabará como canónigo en Toledo. Por último, dos hembras, Paz, que murió joven, y Elena, a quien el cardenal la señaló como el «ángel del hogar», siempre al servicio de su hermano cardenal hasta su muerte.

Teniendo Pedro Segura unos cinco o seis años, sus padres trasladaron su escuela al pueblo de Santa Cruz del Valle (Burgos), donde nació Elena.

No tenemos mayores datos de su infancia, sabiendo que todos los hermanos recibieron las primeras letras de sus propios padres. Tan solo una nota de su primeriza vocación sacerdotal, cuando, recluido en Roma, ofreció una entrevista en la que dijo:

–Nací en un pueblecito burgalés y en el seno de una familia muy modesta. Cuando pequeño, si me preguntaban, como es costumbre, qué quería

ser yo, recordando la dulzura, las virtudes, la austeridad del párroco del pueblo, que tenía bondades de santo, contestaba: «¡Deseo ser cura!». Mis padres, a pesar de su pobreza, pudieron ayudar mi vocación y empecé mis estudios en San Pedro de Cardeña, con los Escolapios...

–¿Era usted buen estudiante? –le preguntó el periodista.

–Por lo menos, tenía una gran tenacidad... Es fácil ser buen estudiante cuando se posee vocación y se siente lo que se estudia. Y yo sentía todo lo que estudiaba y no me costó gran trabajo aprender con orden todo aquello en que yo creía y creo con tanta fe... Pasé luego al Seminario de Comillas y de allí salí para ser párroco en el pueblo de Salas de Bureba.²

A sus once años, en 1891, Pedro ingresa en el monasterio de San Pedro de Cardeña, viejo monasterio benedictino de la Alta Edad Media, que desde la desamortización de 1836 se hallaba en desuso. En 1888 fue ocupado por los Escolapios de León, aunque lo abandonarían de nuevo en 1901. Los Escolapios crearon en este histórico y monumental cenobio, donde se hallaba enterrado el Cid campeador, un Colegio Central de estudios, y en 1890, un año antes de la llegada de Pedro Segura, un Seminario para muchachos, adscrito al Seminario de Burgos.

Aquí y durante tres cursos, de 1891 a 1894, aprendió los primeros latines, amén de las demás asignaturas propias, como religión, geografía, historia, matemáticas... y todas con notas de sobresaliente.

Lo natural hubiera sido que, acabados estos cursos primarios, pasara al Seminario de Burgos, como su hermano mayor Quintín. Pero en el norte de España, en Comillas, a orillas del Cantábrico, se ha abierto un Seminario novedoso regido por los jesuitas, que recoge a jóvenes selectos de todos los rincones de España y de Iberoamérica, todos ellos becados.

Pedro Segura será uno de ellos.



El Seminario de Comillas, en Cantabria, a orillas del Cantábrico, surgió de la mente del jesuita Tomás Gómez, nacido en Cabezón de la Sal, pueblo limítrofe, en 1837. Ya tuvo el padre Tomás un primer ensayo de colegio apostólico de vocaciones eclesiásticas en La Guardia (Galicia). Y seguía con

su idea de un Seminario para formar sacerdotes seculares, no religiosos ni jesuitas, y que fueran pobres, por tanto, becados. Pero para ello necesitaba la persona que financiara la idea. Y la encontró en don Antonio López del Piélago y López, paisano suyo y recientemente nombrado marqués de Comillas. Un indiano que hizo fortuna en Cuba, dedicado al negocio naviero al volver a España, fundando la compañía Antonio López y Cía, que pasó a ser la Compañía Transatlántica Española. El marqués ofrecía a la Compañía de Jesús cierta cantidad de dinero para que pusiera en su pueblo de Comillas un Colegio de segunda enseñanza.

Pero la idea de Tomás Gómez era otra. En vez de un Colegio, un Seminario de pobres y de ámbito iberoamericano. El 20 de octubre de 1881 se vio con el marqués en San Sebastián, de cuya conversación surgió el proyecto de lo que sería diez años después el Seminario Pontificio de Comillas y en 1904 la Universidad Pontificia de Comillas.

En una loma junto al pueblo de Comillas, llamada La Cardosa, con vertiente hacia el mar, se alzó en pocos años el edificio noble del Seminario que conocerá Pedro Segura. Un proyecto arquitectónico encomendado por el marqués al barcelonés Joan Martorell, un arquitecto enmarcado dentro de una arquitectura historicista de tendencia neogótica. Un edificio precioso, pero poco práctico para el fin que se pretendía. Se hubiera preferido ventanales más amplios, más entradas de luz, y lo digo porque he vivido en él unos pocos años.

El marqués murió en 1883, cuando el edificio se hallaba prácticamente en sus cimientos, pero el proyecto fue continuado por su hijo Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, quien fue propiamente el verdadero fundador y bienhechor del Seminario.

La primera de las cláusulas estipuladas entre el marqués y la Compañía de Jesús decía:

–El marqués de Comillas secundando en esto los deseos de su piadosísimo padre el Excmo. Sr. Don Antonio López y López, funda en nombre de este, en el edificio levantado a sus expensas en la población de Comillas, un Seminario donde gratuitamente sean sostenidos, enseñados y educados jóvenes españoles y americanos de lengua española, que puedan más tarde fructificar en la viña del Señor a las órdenes de sus respectivos Prelados, y, teniendo en cuenta el carácter de universalidad que quiere dar a esta obra el

Fundador, ninguna de las Diócesis será desatendida, y el número de alumnos admisible se repartirá por igual entre todas: de modo que sólo por no presentarse peticiones de algunas de ellas, podrán ser admitidos más de otras, y entre estas será siempre preferida la de Santander, por estar enclavada en ella el Seminario y desearlo así su Fundador.³

A finales de 1891 llegó a la Nunciatura un informe sobre el estado moral, literario y científico de los Seminarios españoles y el resultado era poco favorable: 25 Seminarios buenos, 13 regulares y 27 malos.

—Abundaban los seminaristas externos sin vocación; los superiores eran buenos sacerdotes, pero deficientes formadores; el profesorado era escaso y no siempre ejemplar; los estudios, salvo excepciones, se hallaban en estado decadente; la piedad era rutinaria, y se echaban de menos la disciplina y los buenos modales. En aquel informe se hacía notar que los seminaristas perdían durante las vacaciones el fruto de la educación eclesiástica y científica que habían recibido durante el curso.⁴

No es de extrañar, pues, que en la segunda cláusula se diga:

—Sin pretender la exclusión absoluta de alumnos pensionistas, el fin principal que en él se propone realizar es el de que sirva para ayudar a los Seminarios Conciliares por medio de la educación gratuita, que en él se concede a los jóvenes levitas faltos de recursos con que poder sufragar los gastos de su carrera. Por consiguiente, sólo serán admitidos jóvenes de pensión en el caso de que, hecha la prueba por algunos años, se viera que no podía sostenerse el suficiente número de alumnos pobres exigido por el personal destinado a su enseñanza y el edificio construido a este fin, y entonces se pondría previamente en conocimiento del Patrono esta determinación.

El Seminario es puesto bajo el amparo y protección del papa León XIII y sus sucesores, quienes ejercerán el oficio de patronos por medio de sus representantes los nuncios en España. Igualmente se hace donación de la propiedad de la finca y del edificio del Seminario a la Santa Sede y será regido por un número conveniente de padres de la Compañía de Jesús.

Así, el 16 de diciembre de 1890 fue erigido por León XIII, mediante el Breve *Sempiternam Dominici Gregis*, el Seminario Pontificio de Comillas. Un león rampante en su escudo, con trece uñas, recuerda los trece años de pontificado de León XIII y su número en la serie de papas con el nombre de León.

A finales de 1891, el Seminario de Comillas estaba prácticamente terminado. Era la hora de comenzar. Y para ello, se notificó por medio de los boletines diocesanos y casas de jesuitas de toda España que se ponía en marcha el Seminario y se aceptaban solicitudes para su ingreso. De las 500 demandas presentadas fueron atendidas 54, que fueron los primeros seminaristas que pisaron La Cardosa los días 7, 8 y 9 de enero de 1892, días de ingreso. En 1893 alcanzaron los 81.

Se formaron con ellos dos clases: Ínfima y Media, según el latín que sabían.

En años sucesivos, se irían cubriendo sucesivamente los demás cursos.

La *Ratio studiorum* o Plan de estudios se componía de dos Seminarios: Menor y Mayor. El Seminario Menor, con 5 cursos, estaba formado por tres cursos de Gramática: Ínfima, Media y Suprema, un curso de Humanidades y un curso de Retórica.

El Seminario Mayor estará formado por 3 cursos de Filosofía, 4 cursos de Teología y 2 cursos de Derecho Canónico.

Cuando yo llegué a Comillas en 1955, el Seminario Menor contaba desde hacía años de 6 cursos: 3 de Gramática, uno de Humanidades y dos de Retórica. Y conoceré un complejo de edificios que fueron edificados con posterioridad al primigenio edificio noble. El Seminario Menor (1912), el Colegio Máximo (1944) para estudiantes jesuitas, y el Colegio Hispanoamericano (1946) para residencia de los teólogos.

El 19 de marzo de 1904, el papa Pío X concede al Seminario Pontificio de Comillas, por medio del Decreto *Praeclaris honoris argumentas*, la facultad de conferir grados académicos en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, convirtiéndolo en Universidad Pontificia.



Pedro Segura llegará a Comillas tres años después de su inauguración. En septiembre de 1894, a punto de cumplir 14 años, consigue una beca e ingresa en La Cardosa con otros 25 chicos.

¿Qué encuentra en Comillas?

Un mundo austero de disciplina, austeridad y abandono de la familia.

Sabe que, si Dios no lo remedia, permanecerá en aquella loma de La Cardosa durante doce años sin salir de vacaciones. Encerramiento total, sin la presencia de una madre y de un padre en los años difíciles de la adolescencia. Cuando salga, a sus veintitantos años, más se puede parecer al toro bravo que sale del chiquero, sin saber de los peligros del ruedo, y él del mundo, con muchos saberes humanísticos y un perfecto latín, pero sin referencias ni tacto con el otro sexo.

—Nadie iba a vacaciones con su familia ni siquiera en verano. El genuino comillés entraba a los doce años y no salía hasta los veinticuatro. Si estudiaba Derecho canónico, prolongaba todavía su estancia dos años más. La duración del curso escolar es otra señal de la voluntad inflexible que había de aprovechar bien el tiempo. Era un curso de once meses. Daban principio a las tareas estudiantiles ya antes de la segunda quincena de septiembre y no las terminaban hasta el 31 de julio.⁵

Segura tendrá algo de suerte, si se puede llamar así. A punto de terminar la Filosofía, en mayo de 1901, hubo de marchar a casa por una enfermedad hepática, y así estuvo en casa hasta mediados de 1902, que se reintegró al Seminario. En septiembre de ese año comenzó la Teología. Pudo así, en ese período vacacional, después de algunos años, tomar contacto con sus padres y hermanos. Aunque entre ellos, no se encontraba Emiliano, que se hallaba en Comillas desde 1896 siguiendo los pasos de su hermano Pedro.

Segura fue becado durante toda la carrera eclesiástica. El marqués de Comillas sufragaba los gastos del Seminario, pero la crisis de Cuba de 1898 afectó gravemente a su economía y se vio impotente de mantenerlo. Fue el momento de aceptar alumnos pensionistas, que pagaban su estancia aunque con ciertos privilegios, en la comida y en las vacaciones de verano.

Al llegar a Comillas en septiembre de 1894, Pedro Segura completó dos cursos en uno: Ínfima, de septiembre de 1894 a febrero 1895, y Media, de marzo a julio. De 1895 a 1898, completará los cursos de Suprema, Humanidades y Retórica. En septiembre de 1898, comenzará la Filosofía, y a su término, pasará una temporada en casa por enfermedad, como hemos dicho, dolencia de hígado que le afectará durante toda su vida. En 1902 gozará el Seminario de luz eléctrica, mediante un generador propio de la casa, lo que me imagino que sería de gran alivio. Año de 1902 en que Segura comienza Teología y terminará en 1906 con su ordenación sacerdotal el 9 de

junio, t mporas de la Trinidad. Días después, 13 de junio, festividad de San Antonio de Padua, celebró su primera misa en la misma iglesia de la Universidad de Comillas donde ha sido ordenado, apadrinado por sus padres y la presencia de sus hermanos. El 26 de diciembre de ese año 1906 –fecha bien extra a, un día después de Navidad– obtiene el doctorado en Teología.

Habían pasado doce años desde su ingreso en Comillas. Aún le quedarán dos, ya que continu  los estudios de Derecho Canónico, cuyo doctorado obtuvo en julio de 1908.

Después de catorce años, Pedro Segura da por terminados los estudios en Comillas.

Ricardo Gómez Roj , compañero de curso en Teología, ya que llegó a Comillas en 1902, hace de su compañero Pedro Segura este retrato:

–En las clases sobresalió por su conocimiento del latín y por su ardorosa aplicación al griego. Tenía una letra maravillosa por lo bonita y variada, según diversas clases de escritura, su afición al dibujo le hizo pintar de modo sobresaliente. Su conducta moral fue siempre excelente, en la capilla y en el estudio, en las clases y en el recreo, en el trato con los superiores y con los coseminaristas. Pedro Segura fue siempre un modelo de atención, de gravedad, siempre formal y justo, siempre complaciente y piadoso, siempre observante y fiel al reglamento y a los avisos de los superiores.⁶

Ricardo Gómez Roj , natural de un pueblo de  vila, ganar  pronto una canonjía en Burgos y seguir  manteniendo con Segura una grata amistad que surgió en las aulas de Comillas. Gómez Roj  sufrió en noviembre de 1931, en plena República, una agresión en una calle de Madrid, preludio de lo que le sucedería al inicio de la guerra civil: fue fusilado junto con otros sacerdotes y seminaristas en Madrid el 15 de agosto de 1936. Uno más en la lista de curas martirizados en la guerra del 36.

Dir  también Roj  de Segura:

–No fue de los campeones de pelota ni de balón; era muy pacífico en juegos y muy grave para todo. Pero casi siempre fue de los primeros en su clase, desde luego atento como pocos a lo fundamental de su formación intelectual... Su hoja de estudios es la prueba de un gran talento, de una constante aplicación y de una profunda y vasta formación intelectual, clásica, robusta, ordenada.⁷



Segura regresa a su diócesis de Burgos. Días antes había escrito a su arzobispo, el cardenal Aguirre, que se hallaba disponible. Su llegada a la diócesis irá acompañada de una carta laudatoria del joven clérigo que el rector de la Universidad de Comillas, padre Fernando Ansoleaga, dirigió al arzobispo de Burgos.

—Tiene muy buena disposición para el estudio acompañada de constante aplicación, como lo indica su hoja de estudios, en todos los cursos brillante a excepción de uno, en que por enfermedad tuvo que dejar alguna asignatura y examinarse de otras con poca preparación. Le considero muy apto para el magisterio, sobre todo de Teología y Cánones, y para cualquier prefectura en el Seminario, y confío ha de cumplir como se pudiera desear, lo que le mande la obediencia. Humilde, prudente, laborioso, afable con los iguales, respetuoso y sumiso a los superiores, atento siempre a cumplir su deber, y hábil para entender en obra de celo y propaganda, realzado todo con una piedad sólida y fervorosa, es uno de los jóvenes más completos que aquí se han formado, según unánime parecer de cuantos le han tratado, que espero no será desmentido por la experiencia, en donde quiera que V. Ema. se sirva colocarle para el desempeño de su ministerio.⁸

El cardenal Aguirre le dio su primer destino: la parroquia de Salas de Bureba, pueblecito de unos quinientos habitantes, a unos 50 kilómetros al norte de Burgos, adonde llegó el 15 de octubre, acompañado de su hermana Paz, que cuidará de él.

Estuvo un año, y con buenos frutos. En el cumplimiento pascual de 1909 cumplieron todos los vecinos, salvo uno al que amonestó Segura. Donde se ve que ya asoma su carácter monitorio que se acentuará con el tiempo a medida que suba en el escalafón eclesiástico.

Quien sube de momento es su arzobispo Aguirre, promocionado a la primada de Toledo el 29 de abril. El nuevo arzobispo, monseñor Murúa, entró en la diócesis burgalesa el 29 de septiembre, pero ya Segura había dejado su pueblecito de Salas de Bureba, llamado por el secretario de cámara del arzobispado, para ocuparse en la Universidad Pontificia de Burgos del primer año de Derecho Canónico y de la clase de Decretales.